

veía levantarse á su soplo contagioso los jóvenes patriotas, es decir, los acalorados hijos del desorden, dispuestos á trastornar todos los gobiernos. Las primeras demostraciones tuvieron lugar en Toscana, para obtener allí una *guardia cívica*, y la *libertad de la imprenta* (1). Guerrazzi, romanero célebre, y abogado distinguido, hizo allí su presentación política (2).

Un motin estalló en Liorna, y Guerrazzi era su gefe: esto era en el mes de Enero: la revuelta fué sofocada, y el autor de la rebelion fué enviado á la isla de Elba, al fuerte de *Porto-Ferrajo*. ¿Quién hubiera pensado entonces que este atentado le sirviese un dia de titulo en Florencia para ser allí primer ministro. . . . ?

Pio IX habia cambiado el gobernador de Roma, y monseñor Grasseolini habia reemplazado al cardenal Marini. El 1º de Enero de 1847, á fin de comenzar dignamente el año, el cardenal Gizzi, nombrado secretario de Estado, para complacer á los agitadores hizo distribuir una circular anunciando que una comision especial de jurisconsultos hábiles preparaba un código de leyes criminales; á efecto de hacer la justicia mas pronta, de definir la naturaleza de los delitos, de aplicar las penas merecidas y de quitar todo pretesto á la arbitrariedad. El Santo Padre abolia al mismo tiempo los tribunales del *Uditore*, y del *Capitolio*: y los reunia al tribunal supremo nombrado *Sacra consulta*. Todo secular, habiendo seguido antes los cursos de las universidades y habiendo obtenido el título de bachiller, podia ser admitido desde luego como canciller, cerca de estos mismos tribunales, y en seguida ser nombrado juez.

Estas concesiones y estas reformas tan ardientemente solicitadas poco antes, ¿fueron saludadas por el reconocimiento público? ; Ay! No bastaban á las exigencias. Se exaltaba todavía á Pio IX, pero se insultaba la Santa Silla.

El pueblo de las provincias, adoctrinado por sus caudillos, y prestando oído á sus infames calumnias, miraba la autoridad con horror. Se organizó en todos puntos un vasto sistema de ataque contra el gobierno. Los propagandistas enviados á Bolonia y á Ferrara, denuncian allí al odio general todas las administraciones de Roma, como compuestas de miserables retrógrados, que se oponen á las vias liberales de Pio IX, y que conspiran contra él. Los nombres mas dignos de respeto, indignamente fijados sobre las plazas públicas, son consignados á la execración del país. Se cuentan hechos atroces; se inventan horribles complots, que

(1) La libertad de la prensa fué obtenida, y la Toscana tuvo los diarios mas demagógicos: el *Alba* y la *Patria* en Florencia: la *Italia* en Pisa: el *Pueblo* en Siena: y el *Correo Livornes* en Liorna.

(2) El fué el autor del *Sitio de Florencia*, y de la *Batalla de Benevento*. Publicó un folleto dirigido al *príncipe y al pueblo*, que causó entonces una sensacion profunda,

deben estallar á una hora dada; se exhuma de los fastos de 1793 la tradicion de estos complots; y la Europa estupefacta llega á saber por las gacetas radicales, que los miembros mas respetables del Sacro Colegio han tramado la muerte de quince mil romanos, que la suerte designara y que debieran herir sin misericordia las balas de la reaccion.

Cada dia, se dice, son traidoramente asesinados en secreto los admiradores del Santo Padre. Todos los gefes de la policia están señalados como traidores y homicidas; todos los gobernadores de las provincias, como sus cómplices; y en fin, las tropas mismas, como instrumentos liberticidas de los tiranos de la nacion.

El solo digno de oponerse, segun las sociedades secretas, al torrente devastador del despotismo, es el poder popular. Es preciso, pues, que este pueblo se arme, que defienda sus derechos por sí mismo, y que vele por el mantenimiento del orden: es preciso que se levante con toda su uerza y su majestad, para venir en ayuda de Pio IX, romper las cadenas que lo aprisionan, y volverlo á sus grandes destinos.

Envanece del magnifico papel, que se le llama á desempeñar así, el pueblo se reúne y delibera. Quiere sustituir no solamente á los directores de la policia, sino á todos los gefes de administracion. A este efecto, los *Circoli* levantan imperiosamente sus voces, combinan los medios enérgicos por los cuales se podrá triunfar lo mas pronto posible de todas las resistencias; y se decide resueltamente entre ellos, que la bandera de la insurreccion será altamente desplegada, si no se acuerda el paso sin demora, primero en Bolonia, en Ferrara en seguida, á la institucion de la guardia cívica.

El miedo se apodera del poder; no osa resistir, y cede. Bolonia tendrá inmediatamente una guardia nacional; despues vendrá su turno á Ferrara.

Bajo los muros de la ciudad eterna, los *Circoli* se multiplican y se declaran en sesion permanente. Una guerra mas implacable que nunca, se ha declarado á los prelados todos, cardenales y depositarios del poder. Los asesinatos cometidos en Roma, y probablemente decretados en el tribunal de las sociedades secretas, son publicados en los diarios, como obras de los reaccionarios. En vano el 15 de Marzo se crea un comité de censura, para detener las publicaciones incendiarias, que ultrajando á la vez la moral y la religion, señalan al hierro de los asesinos los defensores del orden social: el torrente revolucionario lo envuelve, y rompe todos sus diques.

Una notificacion del cardenal Gizzi dirigida al pueblo, y recordándole los beneficios del Papa, viene á intentar todavía, el 17 de Abril de 1847, calmar los espíritus, prometiendo la institucion de una *consulta de Estado*,

es decir, un nuevo poder, encargado de dar su opinion sobre todas las medidas que se han de tomar, y registrar todos los actos que las han de seguir. Pio IX se habia dejado sorprender por los argumentos especiosos que le presentaban esta *consulta de Estado*, como debiendo ser á la vez una fuerza para la Santa Silla, y una garantía para la nacion.

En el acto, segun la costumbre invariable, grandes aplausos populares. La notificacion fué llevada aquella noche misma como un estandarte militar á la plaza del Quirinal. Impresa en gruesos caracteres, iba rodeada de cuatrocientas antorchas. Recrudescencias de alegrías, redobles de efervescencias.

Algunos días despues, gran banquete en el Coliseo, para celebrar allí el aniversario de la fundacion de Roma. Sterbini, en un discurso vehemente, donde presentaba á Pio IX como un segundo Numa, echó á un lado el papado. Algunos señores romanos aplaudieron, muchos se desviaron, notablemente los Barberini, los Doria, los Cligi, el príncipe Torlonia, el marqués Patrizzi, el príncipe Massimo &c. &c.

En el mes de Mayo, sermon en la iglesia de *Santa María de los Angeles*, donde el arcediano *Losini* pronunció un discurso de plaza. Recibió los aplausos como en un teatro; y los sombreros no se quitaron mas en la casa de Dios.

El 16 de Junio las diputaciones provinciales se presentan en Roma, con todo el aparato de un despliegue militar, con estandartes y música. Se ensayan para las instrucciones. Nuevo himno de Sterbini, comenzando en estos términos: “; *Oh Roma!* ; *Arroja á lo lejos tu indigna polvareda!*” (1)

Grasselini, gobernador de Roma, era un hombre de progreso y de libertad; pero queria el progreso con la sabiduria, y la libertad con el orden; su pérdida estaba resuelta en los clubs.

Nuevos terrores se esparcieron. ; Cuántas conspiraciones espantosas! Ora es al Papa, se dice, á quien quieren arrebatarse los reaccionarios, subyugados por el Austria, ora es el cuerpo de carabineros, que de acuerdo con las tropas del rey de Nápoles debe apoderarse de la ciudad y degollar los verdaderos sostenedores de Pio IX, los amnistiados, los amigos del pueblo. El poder militar, que se opone á los desórdenes, es el que se quiere sobre todo atacar y perderlo ante la opinion pública, para sustituirlo con una milicia ciudadana, que apoye las insurrecciones. Ningun medio, por perverso que pueda ser, se escusará para llegar á este resultado. Citemos un ejemplo entre mil.

(1) Habia compuesto otros anteriormente. Se notaba en estas diputaciones de las provincias un tropel de malhechores y asesinos.

La muerte del coronel Freddi, gefe de los carabineros, habia sido decretada por los Carbonari, y el asesino sacado á la suerte. Este último siguió paso á paso á su víctima. Espió todos sus movimientos; calculó la hora y el lugar en que su puñal debia herir. Pero tres veces erró su golpe; tres veces, circunstancias tan estrañas como imprevistas impidieron cumplir su crimen. Aterrado por estos obstáculos, que mira como providenciales, desiste y no se atreve á proseguir.

Pero segun las instrucciones del tribunal invisible, debia pagar con la vida la infraccion de su juramento. Ha sonado la hora fijada para que viniera á dar cuenta de su encargo; tiembla por sí mismo. ¿Qué hacer? Va á arrojarle á los piés de un sacerdote y le revela su secreto: el eclesiástico, habiendo reconocido la exactitud del hecho, se dirige hácia el coronel: le manifiesta el inminente peligro que le amenaza; y Freddi, para sustraer á su turno al asesino del puñal de sus hermanos, le remite algunas monedas de oro. Este huye, y desaparece.

La nueva del atentado frustrado se estiende por toda Roma. Los radicales la explotan en su provecho; publican que estaba á punto de estallar una infernal conspiracion contra Pio IX, á la cabeza de la cual estaba el coronel Freddi, ayudado por el cardenal Lambruschini; que un patriota, armado de un puñal, la habia venido á desbaratar. A aquel, en el momento extremo, le ha faltado el valor, es cierto, pero á lo menos el Papa se ha salvado; el verdadero objeto se ha conseguido.

Estas invenciones son aplaudidas: estas calumnias aceptadas: en vano la investigacion prevenida con este objeto, acredita plenamente la trapecería de los anarquistas: son los últimos que se enfurecen.

Es un hecho: los falsos informes, las maliciosas y mentidas acusaciones, obtienen creencia en todos lugares. Las altas clases mismas, les prestan oído. El menosprecio por la policia, y el odio contra la autoridad, se propagan rápidamente. Se llega hasta asegurar que la vida del soberano pontífice está en peligro en medio de estos autores del crimen. La prensa acredita estos ruidos, con un lujo estraordinario de amor por el sucesor de San Pedro; cada uno tiembla por Pio IX. ; Dónde encontrar un medio de salud! Las sociedades secretas lo indican: es necesaria la fuerza armada del pueblo: es precisa *una guardia cívica*; se pide á grandes gritos. Algunos príncipes romanos se ponen á la cabeza del movimiento. El papa se rinde á la unanimidad de los votos; y por decreto de 5 de Junio de 1847, Roma, así como todas las otras ciudades de los Estados pontificios, tendrá su guardia nacional.

La revolucion marcha de victoria en victoria; es señora del terreno. Pio IX, segun las radicales, está al presente bajo la éjida del pueblo ar-

mado; es libre de marchar á su placer; ya no tiene grillos ni trabas. ¡Qué se muestre al fin, tal cual es! Pero ninguno de estos antiguos sirvientes deben quedar cerca de él. ¡Que se mueva, y que Roma admire!

Era el mes de Julio: mes nefasto en los tiempos actuales. Las primeras agitaciones habian tenido lugar en Luca; se habian pedido y obtenido las primeras concesiones á los gritos de "viva Pio IX" y habian seguido alegrías delirantes; y en el tumulto de las fiestas se habia insultado al duque: recompensa patriótica (1).

En Nápoles, ensayos de desórdenes; en Florencia los mismos síntomas. En Sicilia y en las Calabrias, las insurrecciones se preparan. La Italia entera se ajita: estas son las primeras escenas del drama.

El 15 de Julio de 1847 tumulto en Roma: se ha hecho circular la voz de que la guardia nacional, aunque decretada, no ha llegado á tener instalacion. Inmensos carteles se fijan sobre las paredes: son las listas de proscripcion, en que se leen los nombres de Lambruschini, de Grassellini, de Freddi y de muchos otros. Una gran alarma se esparce en toda la ciudad: se anuncia positivamente, que una tropa de asesinos, mantenida por la policía, va á talar á Roma á fuego y sangre. Cada cual huye; las calles están desiertas. Los príncipes de Borghese, Aldobrandini, y el duque de Regnano, corrieron espantados cerca del Papa. "Salvadnos de los horribles asesinatos," dicen á Su Santidad. Y á fuerza de ruegos, obtienen que se arme inmediatamente la guardia nacional. La orden se dió á las tres horas.

Los gefes de batallon, se apresuran á reunir cuanto número de hombres es posible en la plaza de *la Pilota*. Allí serán distribuidos los fusiles, las espadas y banderas.

La noche misma, ¡espantoso espectáculo! se arma en un profundo silencio: se marcha á la claridad de las antorchas. A vista de cada bandera, se grita: ¡viva la guardia cívica! Pero estos no eran saludos fraternales; eran vociferaciones satánicas. Y mientras este tiempo, á favor de las sombras de la noche, se violaban los domicilios, se hacian pesquisas populares; y con el puñal á la cintura, se buscaban aquellos cuyos nombres figuraban en las listas de proscripciones. Por dicha, no hubo mas que un pequeño número, que fueron hechos prisioneros: muchos lograron escapar; Grossellini fué de este número (2).

¿Y qué hubo despues de estos desórdenes? ¿Fué una inquisicion y el castigo? No: el pavor dominó al poder; y la impunidad fué la ley.

(1) Se retiró á Massa-Carrara. V. *Historia de las revueltas de Italia por Fernando Runelli*.

(2) Estas mismas escenas se reprodujeron en las provincias, para arrestar las personas fugadas de Roma.

Habia sido decretado en los conciliabulos de la *Italia roja*, que el cardenal Ferreti, seria sustituido al cardenal Gizzi. Este último, en otro tiempo, ídolo de los liberales, habia perdido enteramente su crédito. Sus antiguos partidarios gritaban: ¡abajo Gizzi! Ya él no tenia sus ideas; era un renegado: estaba con sus enemigos, era un retrógrado: está en el poder; es un traidor.

El cardenal Ferreti está bien. Es verdad que se muestra amigo del orden, pero los ardidés revolucionarios de su hermano Pedro Ferreti, antiguo condenado político influirán en sus opiniones y su conducta; se le propone al Santo Padre.

La cosa parecia honrosa. Pio IX acepta á Ferreti, y este cardenal fué nombrado secretario de Estado. La guardia nacional atestigua altamente su satisfaccion; y se pasó á otras tramas: á la espulsion de los jesuitas.

El célebre abate Gioberti, acababa de enviar á Roma las arcas llenas de su obra titulada: *el Jesuita moderno*. La autoridad pontifical intentó impedir la publicacion de este libro anti-religioso, prohibido en Turin y Nápoles: sus esfuerzos fueron inútiles. Las máximas políticas de esta obra revolucionaria obtuvieron un suceso de entusiasmo, y el autor fué elevado á las nubes.

La admiracion se convirtió en culto. El retrato del abate Gioberti se puso de muestra, no solo en todas las boticas, puestecillos, calles y encrucijadas, como el de *Cicero-Vachio*, sino hasta en el santuario de las iglesias. Los himnos resonaban en su alabanza; los banquetes celebraban su gloria: el abate Sieyes quedó eclipsado; el abate Lammenais es nada. Y se grita: ¡Viva Gioberti! como se gritaba: ¡Viva Pio IX!

El padre Ventura, á quien los laureles del sacerdote piemontés quitaban el sueño, quiso igualarle en las encumbraciones demagójicas. Levantó su voz tronante. En otro tiempo habia dicho: "El papado es una *monarquía hereditaria*; y hé aquí la prueba: el Papa que crea sus cardenales, es evidentemente el *padre*. Despues escoje su sucesor entre *sus hijos*: pues el papado, es una *monarquía hereditaria*."

¡Ay! Otro lenguaje al presente: el padre Ventura propone la abolicion de multitud de leyes existentes. Quiere rehacerlo todo de nuevo: nobleza, Iglesia, clero. Segun él, nada de esto que existia anteriormente debe quedar en pié ni en su lugar. Este teatino radical, pero lleno de talento, quiere cambiar hasta los viejos escudos de armas de Roma. *Remo*, *Ronvulo* y la *Loba* (dos pillos y un venado, es decir, "pueblo y República" no le parecian armas dignas de conservarse: queria la *religion* y la

libertad, sosteniendo juntas la cruz del Salvador, con este exergo: *in hoc signo vinces.*"

El abate Gioberti, consideraba la guardia cívica como una *fuerza popular*; se trabajaba en hacer licenciar las tropas suizas, que se miraba como una fuerza *gubernamental* (1), y mientras, todas estas maquinaciones el drama se rodeaba de fiestas. Las ovaciones á la milicia ciudadana, servian de pretexto admirablemente á las demostraciones injuriosas contra los jesuitas, y á los gritos de odio contra los regimientos suizos, se hacian suscripciones para la habilitacion de los cívicos; y el abate Gioberti triunfó.

El mes de Setiembre habia visto al príncipe de Canino desembarcar en Liorna en el *Telémaco* con su secretario el doctor Luis Maesi. El príncipe era *soldado* de la guardia nacional y su secretario *capitan*. Los dos habian arengado á la ciudad y predicado la guerra al Austria, habian hecho juramentos patrióticos, habian abrazado á Guerrazzi, Montanelli y todos los mazzinianos del terror, á los gritos mil veces repetidos de *viva Pio IX, viva Carlos Alberto, viva Leopoldo II*, y finalmente, aunque con frases encubiertas, habian á son de trompeta y de campana, profetizada la república (2).

Este mismo príncipe de Canino fué en esta época á Venecia, y allí hizo, á propósito de los congresos científicos una peroracion de las mas demagógicas. ¿Qué hizo la ciudad aristocrática de los duces? Lo lanzó de sus muros, y lo hizo conducir á la frontera por un comisario de policía, al cual el príncipe, reconocido, dió en recuerdo su cucarda tricolor.

En Octubre siguiente, el duque de Luca abdicaba en favor del duque de Toscana, y Génova se señalaba por graves desórdenes. El duque de Módena, solo, resistia todavía la tempestad.

Pio IX, por un *motu proprio* del 2 de Octubre, habia formado consejos municipales y un senado en Roma. Anteriormente en Abril, habia prometido la *consulta de Estado*. En Noviembre de 1847 fué dada esta institucion.

Pio IX habia querido componer su *consulta de Estado* de hombres de valor y de talento, pero á pesar de sus deseos y sus votos, se habia resbalado allí mas de un traidor. Sin embargo, el cardenal Antonelli, prelado del mas raro mérito, habia sido nombrado presidente: no habia podido hacer mejor eleccion.

La inauguracion de la consulta de Estado, se hizo con una pompa sin

(1) El punto principal de las citas de los anarquistas era " el Corso," en casa de un comerciante de tabaco llamado " Piccioni."

(2) Extracto del suplemento al diario " el Correo Liornés," n.23 de 11 de Setiembre de 1847.

ejemplo. Linternas chinescas, fuegos de alegría, danzas y serenatas, nada faltó á las demostraciones de la alegría popular. De repente, en medio de la fiesta se desplegaron las banderas de todas las potestades de Italia; los ministros de Toscana y de Turin se habian prestado voluntariamente á esta parada, y la autoridad no habia podido poner obstáculo. Los pendones seguian á la fila con tambores, cornetas y clarines, saludados por aclamaciones frenéticas.

Las sociedades secretas habian querido por el cuadro militar de esta reunion de oriflamas marchando juntas, representar la unidad italiana; daban así un vasto objeto político á la instalacion de un gran cuerpo administrativo. La Santa Sede parecia dispuesta á favorecer la idea de una futura cruzada; y era este, entre los placeres de la paz, el simulacro de la guerra (1).

El horizonte político estaba preñado de tempestades, se habia revolucionado bajo el traje de la guardia nacional la generacion de la edad viril; se habian querido revolucionar bajo el mismo uniforme las generaciones de la niñez. Se regimentaron los niños de siete á doce años cuya instruccion se confió á un carbonario piamontés llamado *Questa*, y en Diciembre de 1847 se tenia un ejército de pilluelos, llevando fusiles para su talla, formados en los principios del desorden, y nombrados *bataillones de la esperanza*.

En este mismo mes de Diciembre, una princesa augusta, á quien el cielo parecia haber prometido los mas brillantes destinos, la emperatriz María Luisa, descendió sin ruido á la tumba. Compañera de Napoleon, habia tenido el mundo á sus piés; habia podido en sus desgracias conservar una aureola.... quiso mejor apagarse por sí misma. Las pompas de la gloria y la brillantez del renombre no convenian en manera alguna á su naturaleza dulce y tranquila. Le habia sido imposible ser grande y sublime, no fué mas que buena y bienhechora. Paris no hace memoria de ella, Parma no la olvidará jamas.

Entonces el Sunderland de Suiza ocupaba la atencion pública. El ruido de la victoria de los protestantes sobre los católicos se habia anunciado oficialmente en Roma el 3 de Diciembre de 1847. La revolucion italiana, en parte comprimida hasta allí en las garras ardientes de los clubs, estalló al momento mas ruidosa, mas devastadora que las irrupciones del Vesuvio y el Etna. Un nuevo foco de sublevacion se abrió á todos los espíritus de subversion. La ciudad eterna está espléndida-

(1) El cardenal Ferreti se habia opuesto vivamente al paseo de las banderas; pero su hermano Ferreti, el ministro de Turin, y madama Tortonia combatian su oposicion; se dirijieron al Papa y obtuvieron el triunfo.

mente iluminada; de sus muros parte un inmenso grito de triunfo á hacer temblar en sus tumbas los santos y mártires de la Iglesia. Las campanas se lanzan á vuelo como por la victoria de Lepanto; una multitud indómita salta embriagada por las calles á la luz ardiente de las antorchas con estas vociferaciones inauditas:

¡Vivan, vivan los protestantes!

Los adeptos de Mazzini no disimulan sus tendencias: marchan claramente y sin ficción á la conquista de las perturbaciones sociales. El oprobio retumbante que hacen sufrir sus bacanales impías á la metrópoli de Sixto V, es para la Iglesia católica el primer doble de la agonía. El Tiber muge estupefacto; la Europa cristiana tiembla; la caída de la Santa Sede es cierta.

En vano Pio IX se muestra indignado; su palabra no tiene fuerza. Los hijos de la *Italia roja* no tienen necesidad de su nombre para llegar á sus fines: la artimaña no es necesaria. El cardenal Ferreti, consternado, no tardará en renunciar su encargo de secretario de Estado en favor del cardenal Bofondi, legado de Ravena. (1) El padre Ventura, continuando sus predicaciones reformistas, atrae y cautiva la multitud. Los mazzinianos piden que se lance del país todo el que no sea progresista: obtienen el envío de los hermanos de la escuela cristiana á Ancona, y hacen espulsar de Jano los miembros de la sociedad de Jesus. Todo sonríe á los anarquistas.

Pio IX habia anunciado que haria una visita al colegio de los jesuitas: explosion de murmullos á esta novedad: la multitud amotinada se va al Quirinal, gritando: *¡Derecho al pueblo!* Se cierran las puertas del palacio; los suizos toman las armas; la caballería acude al galope. Redobles de furor por las masas atropelladas: estas precauciones son insultos, se miran como traidoras. Una diputacion introducida cerca del Santo Padre le dirige los mas vivos reproches, y para calmar la irritacion, Pio IX promete presentarse en el *Corso* la mañana siguiente al medio dia, á la multitud que lo llama. La conmocion se apaga al punto.

La mañana siguiente, fiel á su palabra Pio IX, se va al Vaticano. De allí se dirige solemnemente al *Corso*. Un pueblo innumerable y turbulento escolta su carruaje; pero no deja aproximarse á él á ningun prelado de su corte. A las protestas de adhesion á su persona, se mezclan los sarcasmos y las injurias contra los cardenales de la Iglesia. Los testimonios de respeto prodigados poco antes con tanta efusion al regenerador de la Santa Silla, se debilitan y desaparecen. El famoso Angelo Bruneti, de otro modo llamado *Cicero Vachio*, montado detrás del car-

(4) Ferreti fué á ocupar en Ravennes la plaza que ocupaba Bofondi.

ruaje del Papa, escita las risas de la multitud: lleva una bandera grotesca, y profiere estrañas palabras. Las almas honradas tiemblan: la revolucion deja caer poco á poco sus últimos velos: las flores no esconden mas el abismo.

Fatales acontecimientos vinieron de repente en ayuda de los anarquistas: el fatal año de 1848 habia comenzado.

El 12 de Enero, revolucion en Palermo, y triunfo de los insurjentes: Fernando II ha perdido la Sicilia, donde será proclamada su destitucion.

El 29 de Enero, insurrecciones de Nápoles, y constitucion prometida.

El 8 de Febrero, conmociones en Turin, y constitucion promulgada.

El 12 de Febrero, camorra en Monaco, y constitucion por Florestan I.

El 18 de Febrero, levantamiento en Toscana y concesion de constitucion.

Fermentacion en casi todos los pueblos.

Roma acoje estas novedades con aclamaciones frenéticas. Una comision espone al Papa la necesidad urgente de seguir el movimiento general, y de dar tambien á los romanos una carta democrática. Lord Minto, enviado extraordinario de Lóndres, sopla los braseros de las revueltas. ¡Ay! No era posible á Pio IX luchar contra la anarquía. En vano intentará sustraerse á la tempestad europea: la revolucion que encierra está demasiado segura de su presa: Pio IX no tiene otro apoyo que su piedad, otro consuelo que la oracion; no tiene mas que á Dios por recurso.

¿Espera aplacar el furor de sus enemigos por sus angélicas virtudes, y su paciente resignacion? ¡Oh! El genio de las revoluciones no se detiene jamas en sus impetuosos vuelos. Nada le intimida, nada le calma. Sordo á las voces de la razon, como á los gritos de la humanidad, se levanta ardiente y sin freno, y pasa frio y sin piedad.

Pio IX reúne su consejo; le dá orden de redactar con sabiduría y reflexion, las bases de una constitucion, en armonía con la gravedad de las circunstancias; pero el pueblo, secundado por los diarios, y apoyado por las sociedades secretas, no quiere ni dilaciones ni estudios; pide que la constitucion sea inmediatamente proclamada. Roma no tiene tiempo de esperar.

Aquí, nuevo golpe teatral; espantosa catástrofe! Paris se levanta de nuevo; el trono de Luis Felipe se desmorona.... Hé aquí la república en Francia.

¡Veinte y cuatro de Febrero salud!